



Galina Tolmacheva, pròleg del *Teatro completo de Txèkhov*. Adriana Hidalgo Editora, 2003.

En su afán por insuflar al drama lo específico y esencial de la vida. Chéjov afina su realismo hasta aproximarlo al simbolismo, y se irrita cuando sus obras se representan de forma naturalista, aunque «poetizada». (Algunos comentaristas llamaban al género de Chéjov «naturalismo poético».) El escritor protestaba contra el detallismo naturalista con que algunos *régisseurs* sobrecargaban el espectáculo, consciente de que ese detallismo hacía pesada su alada construcción. Cuando en el segundo acto de *El jardín de los cerezos* los actores del Teatro de Arte de Moscú se pusieron a matar mosquitos imaginarios, Chéjov, irritado, observó: «En mi próxima obra le haré decir sin falta a uno de los personajes: *¡Qué lugar maravilloso! ¡No hay un solo mosquito!*». Y cuando en otra ocasión, a su pregunta: «¿Para qué tantos detalles?», recibió como respuesta: «Eso es real», dijo irónicamente: «Una nariz de carne y hueso metida en un cuadro, también es real».

El Chéjov realista poseía un raro don para descubrir en lo más común y cotidiano, en lo más insignificante, algo conmovedor y bello; de unir milagrosamente la descripción

de las facetas más groseras y oscuras de la vida con un lirismo sutil, con una gracia y belleza musicales. Es poeta en sus dramas, y por eso introduce elementos que generalmente quedan fuera del radio de la escena. Además de las emociones claras y precisas, recurre a toda una escala de semitonos, de matices apenas perceptibles. Siente intensamente la belleza de la atmósfera que esos semitonos van creando; tiene clara conciencia de que, sin ellos, la verdad resulta una verdad a medias. Despojadas de los semitonos y de la atmósfera que surge de ellas, las obras de Chéjov pierden su belleza y se empobrecen.

La fusión de lo cómico y lo trágico es tan fuerte en Chéjov, que a menudo no sabemos si llorar o reír. Han sido muchos los *régisseurs* que se esforzaron por definir si se hallaban frente a un drama o una comedia. Pero aun el mismo autor a veces llama comedias, y aun farsas, a sus dramas. En realidad, son comedias trágicas o bien trágicas farsas de las pobres gentes arrastradas por algo mucho más fuerte que ellas: la vida. Frente a ella, todos están igualmente indefensos y para cada uno está servida su copa de alegría y de amargura. Es por eso que los personajes secundarios ocupan un lugar privilegiado en las obras de Chéjov: actúan

y se desenvuelven con la misma intensidad y el mismo derecho que los principales; y por ello está prohibido pasar por encima de ellos, a riesgo de estropear irremediablemente la obra misma, de destruir su estructura, su ritmo y su clima, y de tergiversar su sentido. De allí que un teatro sin *ensemble*, un teatro basado exclusivamente en su primera figura, no pueda representar a Chéjov. Los intérpretes de los papeles secundarios deben ser capaces de crear imágenes perfectas, de reconstruir a través de cinco o seis frases un carácter completo, y hacerlo vivir durante todo el espectáculo. Se comprende, entonces, que si no se dispone de grandes actores para interpretar los pequeños papeles, es preferible abstenerse de poner en escena a este autor. [...]

Resulta completamente natural que, al encontrarse a menudo con su adorado autor, al tener siempre a mano, por así decirlo, al hombre que les había proporcionado tantos éxitos, los actores se dirigieran a él pidiéndole consejos y preguntándole su opinión sobre distintos detalles de la interpretación de sus personajes. En la mayoría de los casos, Chéjov contestaba lacónicamente o en forma de charada. Los actores se afanaban, no siempre

con éxito, en descubrir su sentido oculto; el autor no sabía explicar sus propias obras y a lo sumo se limitaba a señalarles algún detalle, superfluo, para los actores, pero que para él tenía un hondo sentido psicológico y determinaba por sí solo el carácter del héroe.

Las memorias del Teatro de Arte de Moscú conservan muchísimas de aquellas charadas de Chéjov y una cantidad de sus respuestas «no convincentes y oscuras». [...] La más significativa fue su contestación al director escénico del Teatro de Alejandro, que ponía en escena *La gaviota*. Cuando éste le pidió su opinión sobre el trabajo de los actores, Chéjov contestó: «Está bien, pero hacen demasiado teatro. Un poco menos de teatro estaría mejor... Hay que hacerlo completamente sencillo... tal como se hace habitualmente en la vida. Pero cómo conseguirlo en la escena, eso ya no lo sé. Ustedes lo saben mejor que yo» —dijo, dirigiéndose a los actores. Cierta vez, luego de leer una de sus obras recién recibidas por el teatro, Stanislavski exclamó: «¡Esto es imposible de representar!». Pero después pensó y dijo: «Hay que ser así». Stanislavski había adivinado. En los dramas de Chéjov todos sus actores tienen que *ser y no representar*, tienen que vivir

continua tensió i fluïdesa de la vida real, esa naturalitat que constitueix l'essència mateixa dels dramats de Chéjov. En una paraula, els actors han de actuar «sencillament».

Pero actuar sencillament no és res senzill, sinó tot el contrari: molt difícil. Més difícil que de qualsevol altra manera. I, per altra banda, actuar en l'escena com en la vida tampoc és suficient. Cal fer-ho «a la manera de Chéjov», perquè el verisme de Chéjov no és el dels naturalistes: la seva veritat és una veritat subtil, res trivial a pesar de la seva aparent trivialitat. Aquesta «veritat» cal interpretar-la amb plaer, amb tendresa, amb profunda sinceritat i musicalment. Perquè així és l'estil de Chéjov.

Aunque tampoc això és suficient. Intentant reproduir en escena la veritat de la vida, Chéjov recorre en els seus dramats a un idioma «no literari», sinó completament col·loquial, amb totes les incorreccions, insuficiències i incoherències. Les frases a menys són aparentment il·lògiques, com si estiguessin buides o incorrectament construïdes; i a més, totes tenen «subfrases». Vol dir que els seus heroïes gairebé sempre utilitzen paraules diferents de les que habitualment posarien a la boca dels altres

dramaturgos para demostrar que sus personajes aman, odian, se enojan, se regocijan o sufren.

Por eso, antes de comenzar a decir el texto de Chéjov los actores deberán descifrar su ámbito y vivir esos subtextos y no las palabras que están pronunciando. Entonces el texto de Chéjov, aparentemente tan incoherente y de escaso significado, cobrará una vida extraordinaria, produciendo una impresión mayor que la de cualquier otro, donde todo está dicho con corrección y con las palabras adecuadas.

Decía Nemiróvich-Dánchenko: «En las obras de Chéjov el actor no puede vivir sólo con las palabras que pronuncia en el momento y con el contenido que surge en la primera lectura. Cada personaje de Chéjov lleva en sí algo no dicho, algún drama o sueño secreto, vivencias ocultas, toda una vida que no está expresada en la palabra». Chéjov es el más reservado entre todos los dramaturgos de ayer y de hoy, y el más difícil de recrear. Y es posible que, justamente por eso, a pesar del reconocimiento general, no tenga imitadores ni sucesores.